

rutinario

“El hallazgo se produjo durante una investigación rutinaria.”

Rutina es la costumbre inveterada, el hábito adquirido de hacer las cosas por mera práctica y sin razonarlas. Y lo rutinario es la que se hace por rutina. Tiene, pues, cierto sentido peyorativo de acto puramente mecánico, como la divertida pantomima fabril de Chaplin en “Tiempos modernos”, con sus movimientos automáticos, maquinales, casi inevitables.

Tanto el sustantivo rutina como el adjetivo rutinario se usan muchas veces al hablar de intervenciones normales, ya establecidas por el reglamento. No es correcto. El que actúa según las normas no tiene por qué hacerlo sin atención, irracionalmente, por seguir la costumbre y con la consiguiente desgana. Lo normal, lo reglamentario, no es necesariamente rutinario.

saga

“Y todos los datos deben estar a disposición de los que quieran estar al tanto de esta saga.”

Saga significa “mujer que se finge adivina y hace encantos y maleficios”. Por su etimología alemana (sage: leyenda, tradición) las sagas son parte de los relatos heroicos y mitológicos de la antigua Escandinavia. Su importancia estriba más en la descripción de sus costumbres que en sus personajes legendarios.

Saga ha conservado en sentido amplio esa acepción de leyenda, de fábula. Y si se combina el protagonista épico con esa faceta de tradición que tuvo la saga, este vocablo puede aceptarse como “gran historia de familia”.

Hoy es una palabra desvirtuada por el mal uso. Unos caen en la redundancia de la saga familiar. Otros la emplean para algún episodio célebre, de amplio reportaje. Y muchos identifican saga con familia o con cualquier “culebrón” de allegados; basta que unos parientes alcancen notoriedad para que se hable de saga, aunque su fama consista en tenerla muy mala.

Pero la saga exige un héroe de leyenda o varias generaciones de una estirpe notable. Parsifal, Carlomagno y Tristán figuraron en sendas sagas. García Márquez escribió la saga de los Buendía en “Cien años de soledad”; y Lola Salvador, la de los Maldonado en “El olivar de Atocha”. Y si se escribieran, serían también sagas las historias de los Dicenta, Paso, Rivelles, Alba..., que llevan más de un siglo en la escena española; de los Aragón, en el circo; de los Jimeno, casi trescientos años al frente de su farmacia de Peñaranda de Duero; o de los De la Serna, presentes en las artes y las letras desde 1909, cuando Concha Espina publicó “La niña de Luzmela”.

sensibilidades políticas

“Pero está claro que nos encontramos ante diversas sensibilidades políticas.”

Sensibilidad es la facultad de sentir y la propensión a dejarse llevar de los afectos de compasión y ternura. Se llama sensibilidad artística a “la especialmente dotada para la percepción de valores estéticos en las obras de arte”. En sentido estricto, es única: se siente —en mayor o menor grado— o se carece de ella. Puede haber diferentes gustos y preferencias, pero no diversas sensibilidades artísticas.

Resulta discutible que exista la sensibilidad política puesto que la sensación —en la cual se basa el sentir— o viene por los sentidos o es una emoción (“agitación de ánimo, violenta o apacible, que nace de una causa pasajera”); y tanto lo sensorial como lo emocional cuadran poco con los planteamientos racionales y metódicos de cualquier política.

Pero aun admitiendo la existencia de esta sensibilidad, tendríamos que afirmar enseguida que —al igual que la artística— es única; se tiene o no se tiene. No habría, por tanto, diversas sensibilidades políticas.